

Madrid nos mata

CARLOS SALEM

Segundo caso de Dalia Fierro y Severo Justo





Carlos Salem nació en Argentina y lleva en España «algo más de media vida». Es novelista, poeta y periodista. En narrativa, la novela negra es su campo de acción habitual, aunque como define Fernando Marías: «Salem es un género en sí mismo».

Desde que debutó en 2007, sus obras han sido publicadas en Italia, Alemania y especialmente en Francia, donde goza de gran prestigio. Ha ganado los premios Silverio Cañada de la Semana Negra de Gijón, Novelpol, París Noir, Mandarache, Internacional Seseña de Novela, Valencia Negra y Violeta Negra, además de ser finalista en varias ocasiones del Dashiell Hammett, o de los Prix 813 y SCNF en Francia.

Entre sus títulos destacados: Camino de ida, Matar y guardar la ropa, Pero sigo siendo el rey, Cracovia sin ti, Un jamón calibre 45, En el cielo no hay cerveza, Muerto el perro, Un violín con las venas cortadas o El último caso de Johnny Bourbon.

Los que merecen morir es su libro número 40, en el que presenta a Dalia Fierro, Severo Justo y la Brigada de los Apóstoles, a quienes asegura que

«voy a seguirles la pista».

Ancianas degolladas mirando hacia La Meca, el líder de los musulmanes ejecutado por el rito kosher judío... El multicultural barrio de Lavapiés es una bomba con varias mechas encendidas y hará saltar Madrid por los aires.

Solo la Brigada de los Apóstoles de Severo Justo y Dalia Fierro puede evitarlo. O no. Tras un año atrapando asesinos internacionales y distraídos por sus problemas personales, los está derrotando un asesino de barrio. En paralelo, Justo investiga el secuestro del hijo desconocido de un joven candidato a Papa que solo anhela ser papá con treinta años de retraso. Como trasfondo, la especulación inmobiliaria, la corrupción, el ascenso de la ultraderecha, las chabolas y los barrios acomodados; una ciudad de acogida e indiferente a la vez.

Madrid puede ser una madre, pero también una diosa que exige sacrificios humanos y siempre los obtiene.

Madrid nos mata

,

Madrid nos mata

CARLOS SALEM

Segundo caso de Dalia Fierro, Severo Justo y
la Brigada de los Apóstoles

ALREVÉS
BARCELONA-2022

Primera edición: marzo del 2022

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
C/ València, 241, 4.º
08007 Barcelona
info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© 2022, Carlos Salem
© de la presente edición, 2022, Editorial Alrevés, S.L.
ISBN: 978-84-18584-34-3
Código IBIC: FF
Producción del ePub: booqlab

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*Esta novela está dedicada a mi compadre,
amigo y maestro Pedro Andreu,
una de esas personas —pocas—
que logran con su arte y su humanidad
que el mundo no sea una completa mierda.*

A Fernando Marías

*La vieja niña que no acaba de crecer
se entrega por la noche a los extraños,
usa la máscara de lo que pudo ser
y busca el paraíso en los andamios.*

*Esta ciudad mordisquea mis poemas,
bebe mi sangre y se marcha sin pagar,
siembra muchachas tristes por la acera,
que no están cuando las vuelvo a buscar.*

*Me hace el amor si solo quiero sexo,
me enamoro, y se va con otro chulo.
Se sabe lo de cóncavo y convexo,
camina lento, pero meneando el culo.
Es callejón que a veces lleva al cielo,
la mecha que recorre los andenes;
caballeros que se baten a duelo
por doncellas que no bajan de los trenes.*

*Aunque te deje lamerle las caderas,
nunca sabes si te volverá a llamar.
Guarda en las ingles todas las fronteras
que jamás me canso de cruzar.*

*Me deja pernoctar entre sus piernas,
me desaloja si le da por recordar.
Me declara su amor por las paredes.
Cuando amanezca,
Madriz
me va a olvidar.*

*Al mismo tiempo humilde y altanera,
corona de princesa,*

bragas por los tobillos.

CARLOS SALEM & ADRIÁN NAVARRO,
«Madriz»

I

JUEVES

Justo a las seis,
en punto, vendrá a buscarte la ciudad
y esta vez quizá el apuro
no te deje ni lavarte los dientes.
Te busca día a día
con sus codos mojados,
sus ojeras de niebla,
sus manos temblorosas diciendo: ¡te devoro!
Para un golpe en la nuca de oficina,
para oxidarte todos los costados
y arrollarte con su tren de piedra.

JORGE BOCCANERA,
«Las seis y lágrima»

1

Seis viejas muertas

El carnicero sonríe triunfal y dedica al joven aprendiz un gesto con el pulgar alzado. La mano enfundada en el guante profesional de malla metálica le da al mismo tiempo un aire de emperador que perdona y gladiador victorioso. El chico sonríe, articula con los labios un cariñoso y mudo «cabrón» y se despide de los diez euros de la apuesta.

El local es pequeño y está lleno de productos de carnicería y charcutería de primera calidad reluciendo tras las vitrinas. Todo tiene un aire moderno y tradicional al mismo tiempo. Como el rótulo, que en la marquesina anuncia que estamos en el número 3 de la calle del Mesón de Paredes y el apellido del remoto fundador, trazado con la caligrafía original de tiempos de vacas más flacas y jamones pocos. La marquesina es de acrílico, pero conserva la apariencia de las de madera, que ya escasean en Lavapiés.

La cola abarca unos metros fuera del local y la gente espera sin impaciencia su turno para asomarse a uno de los tres mostradores y volver a casa con buen género. La clientela se ha modificado con los años y se alternan señoras que acumulan décadas y anécdotas, con clientas y clientes jóvenes y relativamente nuevos en el barrio, porque pese a las apariencias de hegemonía vegana, Lavapiés sigue siendo un barrio carnívoro.

El carnicero le hace un gesto al joven y marcha a la parte trasera con la excusa de buscar algo. Cuando el chico lo alcanza, lanza el desafío:

—¿Triple o nada? Si ganas, te quedas con veinte pavos...

—¿Cómo sabías que Amparito le dejaría su lugar en la cola a la francesita? Es la tercera o cuarta vez que coinciden y no había ocurrido...

—Son años, chaval. Y la nueva apuesta es que va a esperar a que termine de comprar y se irá con ella. Llevo toda la vida viendo a Amparito desde este lado del mostrador y sé cuándo viene con ganas de palique. Aunque puedo equivocarme, pero si te quieres rajar...

—De eso nada. Treinta pavos a que se van cada una por su lado, aunque salgan juntas de aquí. La francesita vive aquí cerca y la vieja al otro lado del barrio.

—Hecho.

Vuelven al local y siguen despachando, sin perder de vista a las dos mujeres. Amparito es una de esas ancianas que podrías imaginar que nació así, más cerca de los noventa que de los ochenta, aunque su carácter vivaz se empeña en negarlo. La francesita tiene unos treinta y es dulce, y se llama Claire, como la ha llamado Amparito hace un momento, y no, no es artista; sonrío cuando la anciana le dice que en el barrio ahora son todos artistas y que cerca de su casa hay un salón donde un grupo de chicos y chicas «pintan unos cuadros raros, pero son muy majos».

—Usted cualquier día se nos hace *hippie*, Amparito —bromea el carnicero mientras le alcanza su paquete y recoge el dinero.

—Ojalá, hijo. Ojalá. Además, igual con un porro de esos se me quitaba el dolor de espalda. Por nacer pronto me he perdido todo lo bueno.

Le festejan la frase y se marcha conversando con Claire. El carnicero sonrío y el joven, con una excusa, sale a la acera. Amparito y la francesita bajan por Mesón de Paredes y la chica lleva las bolsas de la vieja.

El aprendiz sacude la cabeza y, cuando mira hacia dentro, el guante plateado del carnicero muestra tres dedos extendidos

delante de una sonrisa.

—¿A que estaba bueno el vermú, Claire? Mejor que los que salen en la tele. Seguro que me deja ciega antes de tiempo, pero para lo que hay que ver...

Se alejan del bar tras casi una hora de charla. Claire siente la levedad del tercer vermú, la anciana está como siempre; vivaz y deslenguada.

—No tenías que desviarte por mí, maja. Que luego, remontar la cuenta es un calvario, como el nombre de tu calle.

Claire dice que le queda de paso, porque bajará hasta el Carrefour de la plaza, y la vieja le recrimina con suavidad y le dice que ella compra siempre en las tiendas del barrio, porque si no van a desaparecer.

—Aunque, la verdad, estos tiempos son mejores que los míos, Claire. Cuando yo tenía tus años, el barrio era un muermo, puro manoletismo y misa, aunque por las noches se hacía lo mismo que ahora, pero disimulando... Vosotros, en Francia, siempre habéis sido más abiertos para esas cosas. Cuando era joven, conocí a uno de tu tierra que... ¡Uf, qué hombre! Me acuerdo y se me ponen los vellos de punta...

Claire ríe con ganas y va asimilando las anécdotas pícaras de la vieja.

—... y mi padre, tan severo y religioso, no me dejaba salir a la calle en verano por las noches. A la hora de la siesta, sí. Y como no había nadie en la calle por el calor... Ya te imaginas: los zaguanes ardían. Pero mientras los vecinos no se dieran cuenta, todo estaba bien. Hipocresía, hija. Hipocresía.

—Eras una chica muy audaz, Amparo.

—Más tendría que haberlo sido, hija. Mucho más.

—¿Y no te da miedo vivir sola..., con lo que está ocurriendo?

La vieja se endereza y los ojos le brillan, feroces.

—Si lo dices por el cabrón que está degollando viejas, no me asusta. Además, en la tele exageran todo y están empeñados en culpar a los pobres moritos, como los culpan de todo.

—Puede ser... Pero ya son cinco...

—... viejas muertas. Dilo claro. En un mes. Y son seis. Ayer encontraron a otra, cerca de casa. Eso será algún loco fugado, al que no sé cómo no han pillado ya, si ahora en el barrio hay más policía que personas.

Claire tarda en entender el doble sentido de la frase y luego sonrío.

—Eres muy graciosa, Amparo. Y piensas de un modo diferente a otras mujeres mayores con las que he hablado desde que llegué.

—¿Y para qué pierdes el tiempo hablando con viejas, muchacha?

—Es para mi doctorado. Estoy investigando sobre la vida de las mujeres durante el franquismo y si ya existían formas de prefeminismo...

—Prefeminismo, no sé. Pero de la vida en el barrio, te puedo contar lo que quieras. ¿Sabes que dicen que mi calle se llama Amparo porque en ella vivo yo? Es coña, claro. Pero cuando quieras, quedamos y te cuento.

Han llegado al portal y se ofrece a subirle la compra.

—Quita, que bastante tiempo te he robado ya. Apunta mi teléfono para quedar a comer en algún restaurante hindú, que yo cocino de pena, niña.

—Pero... ¿No es mejor que te acompañe?

—No te preocupes tanto, no creo que el loco ataque a mediodía. Además, mi nieto vive en el apartamento encima del mío y estará al llegar.

Se despiden y en cuanto Amparito cierra el portal, Claire remonta la calle con vocación de riachuelo. Se acuerda del Carrefour, pero también de la reivindicación de Amparo y sigue

andando. Busca la calle del Calvario, mientras piensa en la costumbre española de poner nombres católicos (y truculentos) a las calles de un barrio en el que conviven tantas confesiones diferentes. Se deja sorprender por los colores de Lavapiés, que están más en la gente que en los muros, aunque últimamente predomina el azul policía y el gris del miedo en los pocos vecinos que se dejan ver.

Se dice que Amparito ha sido un hallazgo y vuelve a sentirse culpable por no haberla acompañado hasta su piso, pero la vieja tiene razón. A mediodía, y con este sol vertical, hasta las sombras se esconden.

Llega a su portal. Si se apresura le dará tiempo a cocinar, comer y conectar con la profesora Le Ferrand. Eso la devuelve a Toulouse y Toulouse a Roland, pero no quiere pensar en Roland, no quiere llamar a Roland, aunque ahora que la lengua prestada la ha vuelto niña, descubre que Roland rima con felicidad, *pero no rima conmigo, ya no*, se convence a medias y sacude la cabeza recuperando su sonrisa nueva. La escalera de madera, con los peldaños gastados de tantos pasos y tantos años, parece más empinada que de costumbre y Claire se dice que si sube y baja los cinco pisos tres o cuatro veces por día, podrá ahorrarse la cuota del gimnasio.

Amparito llega hasta su puerta con la energía justa para abrirla.

Cada vez me cuesta más, o cada vez yo valgo menos, se dice.

Mientras coloca la compra en la nevera, refunfuña por tener que cocinar para su nieto, *pero es lo menos que puedo hacer por él, aunque guisando como yo guiso, más que premio es un castigo*.

Una corriente de aire le eriza los vellos de la nuca y se dice que tiene que pedirle a Martín que le arregle la ventana del salón, que cierra fatal, *a ver si un día de estos tenemos una desgracia*.

Claire abre la puerta casi sin aire, la cierra y pasa los dos cerrojos. El piso es poco más que un estudio dividido apenas por la estantería que oculta el dormitorio. El anuncio de la inmobiliaria prometía un ático, pero en realidad es una buhardilla con vistas al mar de tejados irregulares que conforman un paisaje rojizo desteñido que, según el día, le provoca nostalgia o ternura.

Lleva solo un par de meses en Madrid y ya se siente parte de la ciudad, aunque sospecha que nunca acabará de entenderla, y se dice, en ese empeño por pensar en español para hablarlo mejor, que *no hace falta entender para querer*. Y la palabra «querer», pensada en otra lengua que no es la suya, se le vuelve *aimer* y recuerda a Roland y le vuelve la tristeza.

Amparito, con la economía de movimientos de quien no puede desperdiciarlos, coloca la compra. Todo, salvo la carne, que brilla roja sobre la tabla. Prefiere cortar ella misma los filetes, *que este carnicero llevará el mismo apellido, pero no tiene la mano que tenía su abuelo... ¡Qué manos! A ver si encuentro el puñetero cuchillo, con la cabeza que tengo, igual lo he dejado en el baño*.

Amparito busca, canturreando una canción de la radio, de esas latinas y picantonas que le recuerdan al doble sentido de los cuplés. Va inventando la letra y rima «cuchillo» con «calzoncillos», decidida a que su mala memoria no la ponga también de mala leche. El aire de la ventana mal cerrada le provoca un ligero escalofrío.

Claire desenvuelve el jamón y lo deja respirar. Para no pensar en Roland, vuelve a pensar en Amparito y en su abuela, que se parecen bastante, y en que cuando cobre la beca comprará un jamón de los buenos y se lo mandará a su *mammie*. Seguro que su madre protesta, pero lo hará igual.

Amparo se agacha y recoge del suelo el cuchillo delgado a fuerza de afilarlo. Se le habrá caído cuando colocó la compra.

Claire separa una loncha de jamón y cierra los ojos, como si al hacerlo compartiera el sabor con su abuela.

—Este cuchillo ya tiene más filo que acero —murmura Amparito.

Sabor, piensa Claire en español antes de abrir los ojos.

Ya no se consiguen cuchillos como este, piensa Amparito.
Ahora los hacen de cerámica, no saben qué inventar.

—Sal y sol —dice Claire.

Y no dice más, porque un filo de hielo le cercena la garganta.

2

El día de los Apóstoles

Obedeciendo a una de esas costumbres que han marcado el ritmo de su vida, Severo Justo llega con media hora de anticipación a la cita en el Ministerio del Interior. Y como está aprendiendo a desobedecerse, en lugar de avanzar hacia el cuadriculado edificio de color ladrillo ribeteado de gris, callejea hasta dar con uno de esos raros bares de la zona de la Castellana que siguen pareciendo un bar y no un híbrido entre *boutique* de París y burdel de Budapest. *Aunque no sé cómo será un burdel*, se recrimina al tiempo que piensa, una vez más, que a fuerza de compartir tiempo con Dalia Fierro y Paco Bermúdez se le está pegando la forma de hablar de ambos, directa y a veces brutal, *pero también divertida*.

Y Dios sabe que a Severo Justo le hace falta divertirse.

Aunque el policía lleve años sin hablar con Dios.

Agacha la cabeza como si consultara la pantalla de su móvil y avanza hacia la mesa del fondo. Se siente un poco ridículo, como un famoso de tres al cuarto de la tele, *pero es lo que soy, en lo que me han convertido*.

Pocos funcionarios y menos policías entre la clientela del bar, en el que Justo suele recalar al final de cada visita a la sede de Interior, como un buzo que necesita descomprimir penumbras antes de permitirse la superficie.

Hoy, por aquello de llevar la contraria a sus rituales, ha venido antes.

Sigue existiendo el peligro de que algún parroquiano se pierda buscando el baño, llegue hasta su rincón, lo reconozca y le pida una selfi. Pero de conjurar esos peligros se ocupa Pepe, el camarero, que ahora llega con expresión de conspirador disimulado y evidente.

—No se asome, Justo —murmura mientras deja sobre la mesa la taza de café con leche—, pero los dos de la esquina de la barra son periodistas y preguntaban por usted. Algún cabrón del ministerio se ha chivado de que hoy vendría. Pero no se preocupe, ni se enteraron de que entraba, porque lo vi venir y señalé hacia la calle en el momento exacto.

—Muchas gracias, Pepe. —Olfatea el café, en realidad, la leche que no es leche, y arruga la nariz—. ¿Otra vez soja?

—Exacto, señor Justo. Más sana que la leche y buena para el corazón. Y en lugar de azúcar o sacarina, le traje estevia de la buena. Si no se cuida usted mismo, tendremos que hacerlo los demás.

—Hoy he venido andando desde casa. —Justo se siente como un colegial que proclama ante la maestra el mérito de haber hecho los deberes.

—¡Eso es, Justo! Usted y yo, por generación, podríamos haber sido roqueros y no lo fuimos. Pero al menos estamos a tiempo de dejar un bonito cadáver. Ahora vuelvo.

Un bonito cadáver, piensa Justo mientras da el primer sorbo de la taza y admite sin admitir que la leche de soja le da al café un dulzor recóndito al que se ha habituado. *Bonito, no sé. Pero cadáver...*

En un gesto veloz, de esos que la voluntad permite si se someten a la fugacidad, Justo palpa sucesivamente el bolsillo superior izquierdo de su chaqueta y luego su par derecho, como si se santiguara a medias.

Están en su sitio. Los dos pequeños pastilleros de metal.

Cada uno con su carga. Pastilla roja. Pastilla verde.

Un bonito cadáver, pero no todavía.

Primero tú, Avellaneda. Primero tú.

Justo brinda con su taza hacia la nada y Pepe, que vuelve con redoblada expresión de complicidad y ocultando algo a sus espaldas, lo interpreta como un gesto de aceptación.

—Los plumillas ya se han ido, Justo. Cierre los ojos, por favor.

Y con una mansedumbre que sorprendería al ministro del Interior que en veinte minutos lo recibirá atemorizado en su despacho, el comisario Severo Justo, jefe de la Brigada Especial de Crímenes Internacionales y la figura pública mejor valorada de España, cierra los ojos.

—Ábralos, por favor.

En la mesa, junto a la taza y dentro de una caja de cartón acondicionada para su transporte, una miniatura de tarta, decorada y con una sola vela que el camarero acaba de encender.

—Chocolate desgrasado, salvado de avena y de trigo, huevos de granja y nada de azúcar. Más sana, imposible. Felicidades, Severo Justo.

—Hoy no es mi cumpleaños, Pepe.

—Pero se cumple un año desde que le pararon los pies a Nadie.

—¿Un año, estás seguro?

—Yo no, pero los de la radio y la tele, sí. Y ya sabe que a esos no se les pasa una. Llevan con el asunto desde temprano, y si no fuera por el cabrón que está matando viejecitas en Lavapiés, abrían el Telediario con la conmemoración... ¡Hasta hay propuestas en internet para que la fecha de hoy sea declarada oficialmente el día de los Apóstoles!

Justo logra no fruncir el ceño. Ya casi no le resulta irritante el apodo que la prensa adjudicó desde el principio a la Brigada Especial de Crímenes Internacionales, a raíz de su pasado como sacerdote y la firmeza con que su gente lo siguió desde el primer

caso. Alguien en las redes los nombró «los Apóstoles de Severo Justo» y así los llaman en titulares.

Pepe reitera que tiene que cuidarse y vuelve a su barra, reclamado por los clientes. Justo calcula que tendrá, como mucho, cuarenta y cinco años. Casi ocho menos que él, pero veinticinco kilos de más que transporta con buen humor y energía, alimentada su caldera de tren de cercanías con rotundos bocatas de chorizo y envidiables atracones de torreznos. Sin embargo, se preocupa por Justo, que lleva toda la vida entrenando y con el mismo peso, que no variaría un gramo aunque se dedicara a la vida sedentaria, beneficiado por una lotería genética imprevisible. Las nebulosas imágenes de infancia le dibujan a su madre pequeña y pizpireta, con esa tendencia a esferificarse de la que suele disfrutar la gente que sonrío aunque no tenga motivos; y un padre ancho y tosco, brutal por culpa ajena y por propia decisión, más borracho por el rencor del fracasado de antemano que por el pésimo vino en el que se gastaba el dinero de la comida.

¿De dónde habría salido ese chico alto, delgado, fibroso y medido, al que la sonrisa le costaba demasiado y la urgencia de creer en algo que no fuera su padre lo empujó en busca de un padre más alto y que luego también se mostró ausente?

En el último año muchas cosas han cambiado para Severo Justo.

Antes no hubiera brindado en el aire con el recuerdo de su madre para celebrar la improbable infidelidad que le habría dado a la mujer al menos un goce clandestino y a él la ilusión de tener otro padre.

Y mucho menos habría admitido, como hace mientras se acaba el café, que si ingresó en el seminario y se hizo sacerdote fue para no matar al marido de su madre.

Baja los ojos hacia la llama bailarina de la vela.

Un año ya.

Un año desde que el Gobierno lo recuperó tras un exilio disfrazado de premio en Bruselas para el policía más condecorado del país, pero tan apegado al reglamento que hasta en Asuntos Internos molestaba.

Un año desde que lo pusieron al frente de una brigada con excesiva promoción, para que llegado el momento cargara con las culpas de poder frenar al tal Nadie, el asesino en serie más peligroso de la historia de Europa.

Un año desde que él, consciente de que no podría resolver el caso siguiendo los cauces reglamentarios (y de su incapacidad para saltarse las normas), reclutó a un extraño grupo de policías y asesores externos que, contra todo pronóstico, logró detener a Nadie.

Un año ya.

Luego fue el vértigo y la sucesión de casos notorios resueltos, dentro y fuera de España, que convirtieron a la brigada en uno de los tópicos preferidos por los medios de comunicación, y a su jefe en una especie de celebridad en ausencia, de la que todo el mundo hablaba bien, pero que comparecía solo lo indispensable.

Un año ya desde que, antes de que lo detuvieran, Nadie asesinó a la única mujer que Severo Justo pudo haber amado tras veinte años de viudez y luto interno.

Un año desde que, en su afán por corromperlo, el asesino en serie puso en sus manos al culpable del atropello de su mujer y su hija.

Y en tres meses se cumplirá un año desde que Javier Avellaneda, al amparo de la benevolencia que solo obtienen los poderosos, escapó de la clínica psiquiátrica de lujo en la que estaba recluido en espera de juicio.

Justo repite el gesto horizontal de palparse los bolsillos, pero ahora con lenta profundidad, como si se estuviera rajando el pecho con un puñal.

Su pecho o el pecho de otro. El de Javier Avellaneda.

Hace un año creyó que la herida más profunda de su vida se cerraba con la detención del responsable de la muerte de su mujer y su hija, una herida con dos décadas de antigüedad, abierta cuando Avellaneda, entonces joven heredero de una familia rica y ya un consumado psicópata al volante, atropelló a las dos mujeres de su vida y se dio a la fuga, protegido por el silencio de numerosos testigos bien pagados por el dinero de su padre.

Justo ya era entonces un policía con experiencia de sobra como para hacer lo necesario, dentro y fuera del reglamento, para conocer la identidad del asesino sobre ruedas.

Pero no lo hizo.

Dejó la investigación en manos de Pedro Capiotto, el compañero al que designaron el caso, que fue cerrado casi de inmediato, pese a que era evidente que quedaban cabos sueltos. Corrieron rumores de que alguien poderoso había aconsejado no avanzar en las pesquisas.

Severo Justo fue consciente. De todo. *Pero no hice nada.*

Porque de hacerlo, habría desatado una ira recóndita que solo él conocía y que se multiplicó aquella mañana de domingo en que le arrebataron a sus dos mujeres.

Si hubiera abierto la compuerta, no habría podido cerrarla.

Como con mi padre. Y como mi padre, no.

Lo mejor era atenerse a un orden superior sin cuestionarlo, mejor un dios o un comisario general director, algo o alguien que marcara el límite.

Y siguió viviendo a medias.

Cuando volvió de Bruselas, traía en la maleta una decisión firme: tras resolver el caso de Nadie, se quitaría la vida. Porque casi no la usaba. Y para fastidiar a un dios en el que ya casi no creía, pero por si acaso.

Dos pastillas. Una verde y otra roja.

Como las que ahora guarda en sendos pastilleros.

Hace un año, cuando Nadie descubrió y atrapó por él a Avellaneda, Justo volvió a creer que la justicia era posible y quizás, también, la vida.

Y tiró las pastillas al retrete.

Tres meses más tarde, cuando el mismo Avellaneda escapó de una exclusiva y poco vigilada clínica psiquiátrica en la que logró entrar en espera de juicio por más de media docena de asesinatos al volante, Justo adquirió las mismas pastillas y actualizó su decisión de suicidarse.

Pero antes de hacerlo, localizará a Javier Avellaneda.

Y lo matará con sus propias manos.

3

Bautizando camareros

—Algo huele a podrido en Lavapiés, Paco.

—No serán estas gambas, están para chuparse los dedos, hermano.

El comisario Bermúdez se chupa los dedos y Pablo Acuña, conocido como el Súper en los altos círculos policiales, imita a su amigo.

Gracias, hermano, piensa, y al mismo tiempo le resulta extraña y normal esa camaradería a punto de cumplir un año, después de décadas de guerra fría entre dos policías que representaban formas opuestas de entender el oficio: él, burócrata y atento a los cambios de poder; Paco, el último de los «hostiócratas» en un cuerpo plagado de tecnócratas.

—Muy pensativo estás tú, Súper, que te conozco. Así que te escucho, pero antes necesitamos más provisiones. ¡Antonio, Antonio, ven por favor!

La voz de Bermúdez retumba en la calle del Ave María, baña la terraza del legendario bar La Mina y horada el estrecho local como un tsunami.

El veterano camarero ya viene con dos botellines de cerveza.

—¡Tú sí que sabes, Antonio! —lo recibe festivo el comisario—. Ya que estás, tráenos dos raciones de gambas; mejor cuatro, así te ahorro el viaje. Y cuatro botellines, no está la cosa como para pasar sed. ¿A que no, Antonio?

El Súper olvida, por un instante, su preocupación:

—¿Cómo sabes que se llama Antonio, lo conoces de antes?

—No lo he visto en mi puñetera vida, pero tiene cara de Antonio. ¿A que sí? Venga, Pablo, dime qué tripa se te ha roto.

Acuña calibra a Bermúdez. El antiguo enemigo convertido es su mejor, su único amigo. La familia de Paco lleva meses ejerciendo de sustituta de la suya, evaporada como la paciencia de su mujer ante la falta de ambición de un alto funcionario siempre cerca del poder pero que nunca cobró favores. Se dice también que lo que le preocupa no es su futuro, sino el del comisario.

—No me gusta este caso, Paco. Aquí hay algo que no me cierra...

—Serán las puertas de las buhardillas de Lavapiés, que están todas torcidas. Es un caso más, Pablito. Un cabrón, o un par de ellos, que han descubierto que las viejas no creen en los bancos y guardan la pasta bajo el colchón. Cabrones peligrosos, vale. Pero tontos. Los pillamos en un pispás...

—Pues llevamos diez días metiendo miedo por el barrio y hay otras dos muertas. Y si son simples chorizos, ¿para qué degollar a las ancianas?

—¡Porque tendrán costumbre, Súper! Seguro que son un par de pastores brutos, habituados a matar ovejas...

El camarero, resignado ya a llamarse Antonio, llega con el pedido y Bermúdez se lanza sobre una de las estrechas bandejas, sobre la que se alinea media docena de gambas a la plancha, el plato estrella del local.

—¿Tú también con la teoría racista de que es obra de inmigrantes? Eso está bien para la prensa sensacionalista y la ultraderecha, pero tú...

—El racista preventivo estás siendo tú, hermano —responde Bermúdez, chupándose los dedos—. ¿Es que en España no hay pastores y garrulos para exportar? Es un caso sencillo, comparado con los marrones que nos han caído este año. Y todos los sacamos adelante. ¿O no?

—Eso es lo que me preocupa. Sabes que crearon la brigada para fracasar y cargar con las culpas cuando estallara lo de Nadie. Lo resolvimos y ya no pudieron jodernos..., de inmediato. Pero lo seguirán intentando.

—¿Con las elecciones a la vuelta de la esquina? No creo. Si los Apóstoles y Severo somos lo único de lo que puede presumir el Gobierno...

El Súper resopla.

—Eso es lo que me preocupa. —Parece recordar algo—: ¿Tú sigues sin tener redes sociales, Paco?

—¿Para que capullos que no quiero ver desde hace años me vacilen cuando pierde el Atleti? Ni loco...

—Hace dos días se puso en marcha una proposición en change.org para que Justo sea candidato independiente a la presidencia y en menos de dos días ya contaba con cinco millones de firmas...

Bermúdez se atraganta y gira para toser. Con el mismo movimiento toma un botellín de la mesa vecina y lo vacía de un trago. El supuesto Antonio avisa con gestos al cliente expoliado que le repondrá la bebida.

—Sí que se ha hecho popular... ¡Pero él no se metería en política!

—Eso lo sabemos nosotros. Pero los políticos no. Por eso te digo que este caso huele a podrido, Paco. Sé que van a intentar algo para joder a Justo y, de paso, a nosotros. Tú mismo has dicho que el degollador de Lavapiés es un caso menor, ¿correcto? Pero desde que nos lo adjudicaron...

—¡Es noticia mundial! —Pasada la sorpresa, Bermúdez se encoge de hombros—. Haremos lo de siempre: resolverlo y santas pascuas.

—Ojalá sea tan sencillo, Paco. Ojalá.

El móvil de Bermúdez resuena con el himno del Atlético de Madrid a todo volumen y el comisario atiende con los mismos

decibelios:

—Frontela, ¿qué dices? Apenas se te entiende, chaval. ¿Es que has metido la cabeza en un váter o qué? Repite, que se corta. Se cortó —explica sin necesidad al Súper y al resto de parroquianos de la terraza—. ¿Por qué será tan mala la cobertura aquí si estamos a tiro de piedra del centro?

Suena la misma melodía, simplificada, y el comisario lee el mensaje:

—Se nos acabó el recreo, Pablo. Frontela me da una dirección y dice que vayamos con urgencia. Me temo lo peor.

—¿Llamamos a uno de los coches?

—Hasta que llegue, con el meandro de calles que hay en este barrio, nos habremos jubilado. Vamos andando, es en la calle del Calvario.

Bermúdez paga después de insistir varias veces, porque el camarero se niega a cobrarles, y marcha calle arriba sin esperar a su compañero.

Pablo aprovecha para preguntarle al camarero si se llama Antonio.

—Mi nombre es Mercedino —explica—. Pero desde hoy seré Antonio. Cuando un Apóstol te bautiza, es para siempre.

El Súper corre para alcanzar a Paco. Acompasan los pasos, como críos que volviendo de clase se descubren amigos para siempre.

El comisario gruñe:

—Venga, suelta el resto, que algo te guardas.

—Eh... Sí. A ver: supongamos que, como crees, salimos ilesos de esta trampa, de la próxima y de la próxima... Sabes que respeto a Justo y que cuando se formó la brigada me pusieron como espía para avisar del momento en que convenía dejarla caer...

—¡Pero cuando la cosa se puso fea, te pasaste a este lado y aquí sigues, hermano!

—Y seguiré, Paco. Pero a veces intuyo que en cualquier momento Justo va a explotar y adiós Apóstoles. ¿Comprendes?

—Si lo dices por la fuga de Avellaneda, el jefe se lo tomó con calma. Pero no te niego que a veces lo siento lejano, a Justo. Como si no estuviera...

—Y Dalia, la segunda al mando, tampoco está muy fina últimamente...

—Dalia. ¿Cuál de ellas? —bromea Bermúdez, y ríen en corto, como se hace de las bromas cuyas claves pocos conocen—. Creo que sé por dónde vas, pero no adónde, Súper.

Bajan la voz al llegar a la calle del Calvario. Un coche patrulla ocupa parte de la estrecha acera para no impedir el paso de otros vehículos. Un uniformado los reconoce y se pone firmes.

—Relaja, que te dará algo —ordena Bermúdez—. ¿En qué planta?

—La quinta, comisario. Sin ascensor.

—Lógico. Con mi suerte, el día que llueva sopa, saldré a la calle con un tenedor, como decía un amigo argentino.

Suben y Pablo vuelve a la carga:

—Yo no hablo de dejar tirado a Justo ni a la brigada, ¿vale? Además, llevamos un tiempo hablando del asunto, Paco. No te hagas el nuevo...

Bermúdez exagera su respiración al subir, para ganar tiempo.

—¿Te refieres a la idea de...?

—... montar una agencia de investigaciones. Con nuestra experiencia y el prestigio de ser Apóstoles, sería coser y cantar.

Antes de llegar al quinto, donde se asoma Frontela, Paco se detiene y le habla con ferocidad al oído:

—Yo no sé coser, Pablo. Y canto como un gato de escayola. Pero no dejo tirados a los míos. Nunca.

El Súper lo imita. Frente contra frente, parecen a punto de pegarse.